

A close-up photograph of a woman's face and hands. She is wearing a white blouse with ruffled cuffs and collar. She is holding a white teacup in her right hand and a matching saucer in her left hand. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows, creating a moody atmosphere. The background is dark and out of focus.

La novela  
inspirada en la  
vida de Margot  
Wölk, catadora  
del *Führer*

# La catadora de Hitler

V. S. ALEXANDER

 Planeta

V. S. ALEXANDER

# LA CATADORA DE HITLER

Traducción de Susana Olivares

 Planeta

# LA CASA DE TÉ

*El Berghof*

## CAPÍTULO 1

A principios de 1943, se apoderó de Berlín un miedo extraño.

Cuando el año anterior sonaron las sirenas antiaéreas, miré al cielo. No vi nada más que unas nubes altas que ondeaban por encima de mí como si fueran las colas de unos corceles blancos. Las bombas de los Aliados ocasionaron pocos daños, y los alemanes creímos que estábamos a salvo. Para finales de enero de 1943, mi padre ya sospechaba que aquel era el preludio a una intensa lluvia de destrucción.

—Magda, deberías irte de Berlín —me sugirió cuando comenzó el bombardeo—. Es demasiado peligroso. Podrías ir a Berchtesgaden, a casa del tío Willy. Allí estarías a salvo. —Mi madre estaba de acuerdo con él.

No quería saber nada de su plan porque, de niña, sólo había visto a mis tíos una vez. Me parecía que el sur de Alemania estaba a miles de kilómetros. Amaba Berlín y quería permanecer en el pequeño edificio de departamentos de Horst-Wessel-Stadt en el que vivíamos. Nuestra vida, así como todo lo que conocía, se limitaba a ese único piso. Quería normalidad; después de todo, la guerra iba bien. Eso era lo que nos decía el *Reich*.

En la Stadt todo el mundo creía que bombardearían nuestro vecindario. Había muchas industrias cerca, incluyendo la fábrica de frenos en la que trabajaba mi padre. A las once de la mañana del 30 de enero, mientras Hermann Göring, el *Reichsmarschall*, daba un discurso por la radio, tuvo lugar un bombardeo

de los Aliados. El segundo ocurrió ese mismo día, más tarde, mientras hablaba el Ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Los Aliados planearon sus ataques a la perfección. Interrumpieron ambos discursos.

Mi padre seguía en el trabajo cuando sucedió el primero, pero ya estaba en casa durante el segundo. Decidimos que nos reuniríamos en el sótano durante los ataques aéreos, junto con *Frau Horst*, que vivía en el último piso de nuestro edificio. En esos primeros días, no sabíamos la destrucción que podían causar los bombardeos de los Aliados, la terrible devastación que podía caer de los cielos en forma de sibilantes nubes negras de proyectiles. Hitler dijo que el pueblo alemán sería protegido de tales horrores y nosotros le creímos. Incluso los muchachos a los que yo conocía y que peleaban en la *Wehrmacht* guardaban esa creencia en el fondo de su corazón. Una sensación de buena fortuna nos impulsaba hacia delante.

—Deberíamos irnos ya al sótano —le dije a mi madre cuando empezó el segundo ataque. En las escaleras, le grité esas mismas palabras a *Frau Horst*, pero añadí—: ¡De prisa, de prisa!

La anciana asomó la cabeza por la puerta de su departamento.

—Necesitas ayudarme. No puedo darme prisa. Ya no soy tan joven como antes.

Subí corriendo las escaleras y la encontré sosteniendo una caja de cigarrillos y una botella de coñac. Se las quité de las manos y nos dirigimos hacia abajo antes de que las bombas impactaran. Estábamos acostumbrados a los apagones. Ningún bombardero podría ver que salía luz de nuestro sótano sin ventanas. La primera explosión pareció producirse lejos y no me preocupé.

*Frau Horst* encendió un cigarrillo y le ofreció coñac a mi padre. Al parecer, los cigarrillos y el licor eran las dos posesiones que deseaba llevarse a la tumba. Sobre nosotros cayeron partículas de polvo. La viejecita señaló las vigas de madera que estaban sobre nuestras cabezas y soltó:

—¡Malditos sean!

Mi padre asintió sin gran entusiasmo. La vieja caldera de carbón hacía ruidos desde la esquina, pero era incapaz de disipar

la corriente helada que recorría la habitación. Nuestro aliento congelado era visible bajo la áspera luz de una bombita desnuda.

Una detonación más cercana retumbó en nuestros oídos y la luz eléctrica se apagó con un parpadeo. Un resplandor anaranjado brilló en el cielo, tan cerca que pudimos ver su rastro de fuego a través de las grietas que rodeaban la puerta del sótano. Una nube de polvo cayó por el cubo de la escalera. Se oyó un estallido de vidrios en algún lugar del edificio. Papá nos tomó a mi madre y a mí de los hombros, nos acercó a él y cubrió nuestras cabezas con su pecho.

—Eso estuvo demasiado cerca —dije, temblando contra mi padre. *Frau* Horst sollozaba en una esquina.

El bombardeo terminó casi tan rápido como empezó, y subimos las oscuras escaleras de vuelta al departamento. *Frau* Horst se despidió y nos dejó solos. Mi madre abrió la puerta y buscó una vela en la cocina. A través de la ventana, vimos un humo negro que brotaba de un edificio a varias cuerdas de distancia. Mamá encontró un fósforo y lo encendió.

Emitió un grito ahogado. Una de las puertas de la vitrina se había abierto y varias piezas de porcelana fina que le regaló mi abuela estaban hechas añicos en el piso. Se hincó frente a los trozos, tratando de unirlos como si fuera un rompecabezas.

También estaba destrozado un gran florero de cristal tallado que era importante para ella. Mamá cultivaba geranios e iris morados en el pequeño jardín de la parte de atrás del edificio. Cuando florecían, mamá cortaba los iris y los colocaba en ese florero en el centro de la mesa del comedor. Su embriagadora fragancia inundaba todas las habitaciones de la casa. Papá decía que esas flores lo hacían sentir feliz porque le propuso matrimonio a mi madre en la época en que florecen.

—Nuestras vidas se volvieron frágiles —dijo papá mientras contemplaba el desastre con tristeza. Después de unos minutos, mamá perdió la esperanza de reconstruir los platos y el florero, y los arrojó a la basura.

Se recogió el cabello color azabache en un rodete y se dirigió a la cocina para tomar una escoba.

—Tenemos que hacer sacrificios —dijo subiendo la voz.

—Tonterías —respondió papá—. Somos afortunados por tener una hija y no un varón; de lo contrario, me temo que dentro de poco estaríamos organizando un funeral.

Mamá apareció con la escoba en el quicio de la puerta de la cocina.

—No debes decir ese tipo de cosas. Das una impresión equivocada.

—¿A quién? —Papá sacudió la cabeza.

—A *Frau* Horst. A los vecinos. A tus compañeros de la fábrica. ¿Quién sabe? Tenemos que ser cuidadosos con lo que decimos. Ese tipo de afirmaciones, incluso siendo rumores, podrían costarnos caro.

La luz parpadeó al volver a encenderse y mi padre suspiró.

—Ese es el problema. Tenemos cuidado con todo lo que decimos... y ahora tenemos que lidiar con los bombardeos. Magda debe marcharse. Tiene que irse a Berchtesgaden con el tío Willy. Incluso puede que encuentre un empleo.

En mis veinticinco años de vida, pasé de trabajo en trabajo: estuve en una fábrica de ropa, fui mecanógrafa para un banquero y resurtí los estantes de una tienda cuando me contrataron como encargada, pero me sentía perdida en el mundo laboral. Nada de lo que hacía parecía apropiado ni importante. El *Reich* deseaba que las muchachas alemanas fueran madres, pero antes quería que fueran trabajadoras. Supongo que eso también era lo que yo quería. Si tenías un empleo, era necesario que te dieran permiso para dejarlo. Como yo no tenía ninguno, me sería difícil ignorar los deseos de mi padre. Y, en lo que al matrimonio se refería, tuve unos cuantos pretendientes a partir de los diecinueve años, pero nada serio. La guerra se llevó a muchos jóvenes. Aquellos que se quedaron no lograban conquistar mi corazón. Era virgen, pero no me arrepentía de ello.

En los primeros años de la guerra, Berlín se salvó. Cuando empezaron los ataques, la ciudad era como un zombi: seguía viva, pero no estaba consciente de sus movimientos. Las personas parecían insensibles. Nacían bebés, y sus familiares los miraban a los ojos y les decían lo bellos que eran. Tocar un suave cairel de cabello o pellizcar una mejilla no garantizaba ningún futu-

ro. Enviaban a los jóvenes a los frentes, tanto al oriental como al occidental. En las calles las conversaciones se centraban en el lento descenso de Alemania al infierno y siempre finalizaban con «las cosas se pondrán mejor». También eran comunes las conversaciones relacionadas con alimentos y cigarrillos, pero palidecían en comparación al bombo y platillo con el que se transmitían las noticias de las últimas victorias ganadas con los incansables esfuerzos de la *Wehrmacht*.

Mis padres fueron los últimos de una larga lista de Ritter que vivieron en nuestro mismo edificio. Mis abuelos vivieron allí hasta que todos murieron en la misma cama en la que yo dormía. Mi recámara, la primera desde el pasillo, al frente del edificio, era sólo mía, el lugar en el que podía respirar. Allí no había fantasmas que me espantaran. Mi habitación no contenía gran cosa: la cama, una pequeña cajonera de roble, una biblioteca destartalada y los pocos tesoros que reuní a lo largo de los años, incluyendo el muñeco de peluche que mi padre ganó en un carnaval en Múnich cuando yo era niña. Cuando empezaron los bombardeos, mi recámara cambió de aspecto. Mi refugio adquirió un aire sagrado y extraordinario, y cada día que pasaba me preguntaba si su paz se derrumbaría como un templo bombardeado.

El siguiente ataque aéreo de importancia sucedió el 20 de abril de 1943, día del cumpleaños de Hitler. Los pendones, banderas y estandartes nazis que decoraban Berlín ondeaban en la brisa. Las bombas causaron algunos destrozos, pero la mayor parte de la ciudad salió bien librada. Ese ataque también me recordó cada uno de los temores que sufría de niña. Nunca me gustaron las tormentas, los rayos ni los truenos. La creciente gravedad de los bombardeos me ponía los nervios de punta. Mi padre insistió en que me marchara y, por primera vez, sentí que tal vez tenía razón. Esa noche me observó mientras empacaba mis pertenencias.

Reuní las pocas cosas que me importaban: un pequeño retrato de la familia de 1925, en tiempos más felices, y algunos cuadernos para apuntar mis pensamientos. Mi padre me entregó



mi muñeco de peluche, el único recuerdo que guardaba de mis años de infancia.

A la mañana siguiente, mi madre lloró al verme bajar las escaleras con la maleta. Una lluvia de primavera humedecía la calle, y el aroma terroso de los árboles verdes inundaba el aire.

—Cuídate, Magda. —Mamá me dio un beso en la mejilla—. Mantén la cabeza en alto. La guerra terminará pronto.

Le devolví el beso y probé la sal de sus lágrimas. Mi padre estaba en el trabajo. Nos habíamos despedido la noche anterior. Mamá me tomó de las manos una vez más, como si no quisiera dejarme ir, y después las soltó. Levanté mis maletas y tomé el transporte a la estación de trenes. Tenía por delante un largo viaje hasta mi nuevo hogar. Feliz de refugiarme de la lluvia, ingresé a la estación por la entrada principal. Mis tacones resonaban en el piso de piedra.

Encontré el andén del tren que me llevaría a Múnich y a Berchtesgaden, y esperé en la fila bajo las celosías de hierro de los techos abovedados de la estación. Un joven soldado de las SS en un uniforme gris revisaba las identificaciones de los pasajeros a medida que abordaban. Yo era una alemana protestante, ni católica ni judía, y lo bastante joven como para estar convencida de ser invencible. Había varios elementos de la policía ferroviaria, en sus uniformes verdes, junto al oficial de seguridad mientras este último revisaba la fila.

El hombre de las SS tenía un rostro delgado y apuesto en el que destacaban unos ojos azules como el acero. Su cabello castaño se recogía debajo de su gorra militar formando una onda. Examinaba a cada persona como si fuera un delincuente en potencia, pero su frío proceder ocultaba sus intenciones. Me incomodaba, pero no me quedaba la más mínima duda de que me dejaría subir al tren. Me miró fijamente y estudió mi identificación, prestando especial atención a mi fotografía antes de devolvérmela. Me ofreció una ligera sonrisa, sin coqueteo alguno, pero satisfecho, como si concluyera un trabajo bien hecho. Agitó una mano hacia el pasajero que estaba detrás de mí para que avanzara. Mis credenciales pasaron su inspección. Quizá le gustó mi fotografía. Yo pensaba que me favorecía. Mi cabello

castaño oscuro me caía hasta los hombros. Mi rostro era demasiado estrecho. Mis ojos eran demasiado grandes para mi cara, y hacían que pareciera que venía de Europa del Este, dándome un aspecto similar al de un cuadro de Modigliani. Algunos hombres me dijeron que, para ser alemana, tenía un aspecto bello y exótico.

El vagón no tenía compartimientos, sólo asientos, y estaba medio lleno. En algunos meses, el tren rebosaría de vacacionistas ciudadanos ansiosos por veranear en los Alpes. Los alemanes desearían disfrutar de su país incluso en mitad de una guerra. Una joven pareja, que parecía estar profundamente enamorada, se sentó a unas filas de mí, cerca del centro del vagón. Tenían las cabezas muy cerca. Él le susurraba algo al oído a la mujer, se ajustaba el sombrero y daba pitadas a su cigarrillo. Encima de ellos había unas nubes de humo azul. De vez en cuando, la mujer tomaba el cigarrillo de sus dedos y le daba una pitada. Los hilos de humo se dispersaban por todo el vagón.

Dejamos la estación en la penumbra de aquel lluvioso día. El tren empezó a acelerar cuando salimos de la ciudad y pasamos frente a las fábricas y campos de cultivo de Berlín. Me recliné en mi asiento y saqué de una de mis maletas un libro de poemas de Friedrich Rückert. Mi padre me lo regaló años antes, pensando que me agradarían los versos de ese autor romántico. Jamás me tomé el tiempo de leerlos; el hecho de que me lo regalara me importó más que los poemas que contenía.

Pasé las páginas sin verlas, concentrada únicamente en que dejaba mi vida anterior para iniciar una nueva. Me perturbaba alejarme tanto de casa, pero debido a Hitler y a la guerra, no tenía otra opción.

Encontré la dedicatoria que mi padre escribió cuando me dio el libro. Decía: «Con todo el amor de tu padre, Hermann». La noche anterior, al despedirnos, parecía más viejo y más triste de lo que correspondía a un hombre de cuarenta y cinco años como él, aunque se notaba aliviado por poder enviarme a casa de su hermano.

Caminaba encorvado a causa de tener que inclinarse todo el tiempo durante su trabajo en la fábrica de frenos. Su barba gris,

que se afeitaba cada mañana, hablaba de las dificultades personales a las que se enfrentaba a diario, incluyendo su desagrado por el nacionalsocialismo y por Hitler. Por supuesto, jamás mencionaba semejantes cosas; sólo insinuaba su tendencia política frente a mi madre y a mí. La infelicidad lo carcomía, arruinaba su apetito y lo hacía fumar y beber en exceso, a pesar de lo difícil que resultaba conseguir tales lujos. Acababa de pasar el límite de edad para prestar servicio militar en la *Wehrmacht*, aunque una antigua lesión de juventud en una pierna lo hubiera descalificado de todos modos. A partir de sus conversaciones, me quedaba claro que sentía poca admiración por los nazis.

Lisa, mi madre, simpatizaba más con el Partido, aunque ni ella ni mi padre eran miembros. Al igual que la mayoría de los alemanes, detestaba lo que le sucedió al país durante la Primera Guerra Mundial. Muchas veces le decía a mi padre: «Por lo menos ahora la gente tiene trabajo y comida suficiente». Mamá traía a casa un dinero extra haciendo de costurera y, por la agilidad que tenía en los dedos, también hacía algunos trabajos para un joyero. También me enseñó a coser a mí. Vivíamos con comodidad, pero no éramos ricos ni por asomo. Nunca tuvimos que preocuparnos por tener suficiente comida hasta que comenzó el racionamiento.

Ninguno de mis padres mostraba sus ideas políticas de manera explícita. De nuestro edificio no colgaba ningún adorno ni bandera nazi. *Frau* Horst colocó en una de sus ventanas un cartel con una esvástica, pero era pequeño y casi no se veía desde la calle. Yo no me afilié al Partido, un hecho que a mi madre le despertaba cierta preocupación. Creía que sería positivo, ya que unirme a él podría ayudarme a conseguir empleo. Yo no pensaba mucho en el Partido. No se esperaba de las chicas alemanas que pensarán en cosas como la política. Sin duda, no iba a haber mujeres líderes dentro del nacionalsocialismo, y yo no estaba del todo segura de lo que significaba ser miembro del Partido en realidad, de modo que nunca sentí la necesidad de afiliarme al mismo. Se estaba librando una guerra a nuestro alrededor. Estábamos luchando para abrirnos camino hasta la victoria. Mi inocencia enmascaraba una necesidad de saber más.

Seguí hojeando el libro hasta que el tren empezó a detener su marcha.

El oficial de las SS de la estación apareció detrás de mi hombro derecho. En la mano izquierda sostenía una pistola. Caminó hasta la pareja que estaba delante de mí y colocó el cañón del arma contra la sien del joven que estaba fumando. La mujer miró hacia atrás, en mi dirección; sus ojos delataban el terror que sentía. Parecía lista para correr, pero no había a dónde ir; de repente, aparecieron unos oficiales de policía armados en la entrada de cada extremo del vagón. El oficial de las SS retiró el arma de la sien del hombre y les indicó con unos movimientos que se levantarán. La mujer tomó su oscuro abrigo y se envolvió el cuello con una bufanda negra. El oficial los escoltó hasta el fondo del vagón. No me atreví a voltear para ver lo que estaba sucediendo.

Después de unos momentos, miré por la ventana que tenía a mi izquierda. El tren se detuvo a mitad de una llanura. Un automóvil negro, salpicado de fango y con un escape de cromo que despedía nubes de humo, estaba estacionado en un camino de tierra junto a las vías del tren. El hombre de las SS empujó a la pareja del tren al interior del vehículo y después se subió detrás de ellos, con la pistola preparada. Los oficiales de policía se metieron en el asiento delantero con el conductor. Tan pronto como se cerraron las puertas, el auto dio vuelta en el campo, dejando una estela lodosa en el pasto, y se dirigió de regreso a Berlín.

Cerré los ojos y me pregunté qué pudo hacer la pareja para que la bajaran del tren a la fuerza. ¿Serían espías aliados? ¿Judíos que intentaban abandonar Alemania? En una ocasión —pero sólo una—, mientras estábamos sentados a la mesa durante la cena, mi papá nos contó de los problemas que estaban teniendo los judíos en Berlín. Mamá se burló de la idea y dijo que eran «rumores infundados». Papá respondió que uno de sus compañeros vio la palabra *Juden* pintada sobre varios edificios del sector judío. El hombre se sintió incómodo tan sólo por estar allí, aunque fuera por accidente. Había esvásticas pintadas en las ventanas. Carteles que advertían sobre hacer negocios con mercaderes judíos.

Pensé que era mejor guardarme mis opiniones y no avivar una discusión política entre mis padres. Me entristecían los juicios, pero nadie a quien conociera les tenía especial agrado, y el *Reich* siempre los señalaba como culpables. Como tantos de mis compatriotas, hice la vista gorda. Lo que decía mi padre bien podía ser un rumor. Confiaba en él, pero sabía muy poco, sólo lo que se comentaba en la radio.

Busqué el auto negro con la mirada, pero se desvaneció. No tenía idea de lo que hizo la pareja, pero la imagen de los ojos aterrorizados de la mujer se quedó grabada en mi cerebro como con fuego. Durante el resto de mi travesía la lectura me ofreció poco consuelo. El incidente me inquietó. Me pregunté quién seguiría y en dónde terminaría todo.

## CAPÍTULO 2

La estación de trenes de Berchtesgaden era más pequeña que la de Berlín, pero más majestuosa. Los banderines nazis colgaban en escrupulosas filas verticales, lo que hacía que destacaran las grandes columnas interiores dándole un aspecto romano y solemne a la edificación. A un lado brillaba una puerta dorada que parecía reservada para personas importantes. En ella, en bajo-relieve, podía verse un águila negra posada sobre una esvástica. Quizás era la entrada a un salón de recepción para las personalidades que visitaban al *Führer*; después de todo, aquella era la última parada para los que estaban invitados a su refugio de montaña.

Busqué con la mirada al tío Willy y a la tía Reina y los vi parados cerca de la entrada. Mi tío parecía más feliz de verme que mi tía. Era un hombre regordete con una pequeña panza redonda, y aún conservaba su cabello color fuego y las pecas de su juventud. Algunas de ellas se convirtieron en grandes manchas café que marcaban su rostro. Sostenía su gorra de policía en una mano. La sonrisa de mi tía parecía forzada, como si yo fuera una hijastra indeseable que regresaba a casa a visitarlos. Era refinada y culta, a diferencia de mi simpático tío. Mi padre me comentó que el matrimonio de mis tíos le parecía una unión peculiar. En aquel entonces, por ser más joven, nunca cuestioné su atracción, pero ahora que me encontraba frente a ellos, sus diferencias me parecían muy evidentes.

Después de intercambiar saludos, mi tío puso mis maletas en su pequeño Volkswagen gris. Me senté en la parte de atrás. Mientras mi tío conducía, no pude ver mucho del panorama montañoso, a excepción de unos oscuros picos que sobresalían de las nubes en el negro cielo de la noche. Durante mi infancia sólo visité Berchtesgaden en una ocasión.

Mis tíos vivían en un chalet de tres pisos de estilo bávaro. Estaba encajado entre un pequeño restaurante y una carnicería, a poca distancia del centro del pueblo. Su casa era alta, pero no tan ancha como los chalets que se veían en las laderas de las montañas. Salí del auto y respiré el fresco aire de los Alpes. Era difícil pensar que seguía en el mismo país al que pertenece Berlín.

Nos quitamos los abrigos y dejé mis maletas junto a la puerta. El tío Willy estaba vestido en el uniforme de la policía local, con una esvástica alrededor de su brazo izquierdo. Reina traía puesto un vestido color azul cobalto con cuello cerrado. Sobre su corazón, brillaba un prendedor de diamantes con forma de esvástica. Un gran retrato del *Führer* en blanco y negro colgaba sobre la chimenea, y su solemne y sólida figura dominaba el comedor. Mi tía bordó esvásticas en el camino de mesa. Reina era española y apoyaba a Franco, así como a la Italia de Mussolini. Todo en la casa reflejaba una meticulosidad que correspondía al ideal nazi de la perfección germana. Nada se hallaba fuera de lugar. Los muebles estaban tan pulidos que brillaban y colocados de forma perfectamente simétrica. Sentía como si acabara de entrar en un cuento de hadas, algo fuera de lo común que causaba una impresión surrealista. Era como estar en una exposición de arte: todo era muy bello, pero no era un hogar.

La noche se tornó fría, de modo que mi tío avivó las llamas de la chimenea. La tía Reina sirvió un guisado de res con pan y disfrutamos de un vaso de vino tinto. El guisado tenía poca carne y verduras, era más caldo que nada, pero con un sabor excelente. El viaje me dio hambre. La comida fue más sustanciosa que los platillos de verduras a los que se limitaba mi madre en esos días. En toda Alemania escaseaban los huevos y la carne, especialmente en las ciudades.

Hablamos de mis padres y de los demás familiares. Charlamos brevemente acerca de la guerra, un tema para el cual Willy y Reina no tenían más que sonrisas. Al igual que mi madre, estaban convencidos de que íbamos ganando y de que Alemania triunfaría sobre nuestros enemigos, en especial sobre los judíos. Siempre viví tan protegida, con gente como yo y los pocos amigos de siempre, que nunca pensé demasiado acerca de los judíos. No formaban parte de mi vida. No teníamos ni amigos ni vecinos judíos. Nadie que conociéramos «desapareció».

El tío Willy afirmó que el derecho que teníamos a un *Lebensraum* propio era tan esencial como nuestro patrimonio. Una vez que elimináramos a los judíos y a los bolcheviques, la tierra quedaría libre para que Alemania la poblara. En el este se producirían los alimentos, minerales y materias primas que necesitara el *Reich* para su reinado de mil años. Mientras hablaba, su rostro se iluminó.

La tía Reina contempló su mesa dispuesta a la perfección como si fuese una verdadera monarca.

—Estas copas de cristal vinieron de mi hogar en España. —Golpeó el costado de su copa con las uñas—. Cuando sea más seguro viajar, te llevaré a la tierra donde nací; es un país bellísimo. Los Aliados están haciendo su mejor esfuerzo por inundarnos con propaganda, pero sabemos que el *Führer* está en lo correcto. —Volteó hacia el retrato que colgaba sobre la chimenea y sonrió—. Saldremos victoriosos, nuestros hombres no dejarán de luchar hasta que se gane la última batalla.

Asentí, aunque no tenía interés alguno en el tema, porque era una simple joven alemana que carecía de la sofisticación de mi tía. Era distinta a cualquier otra mujer que conociera, más dogmática que mi madre y con un alma de hierro. Nada de lo que yo pudiera decir o hacer influiría en las opiniones de mis tíos ni en los resultados de la guerra. También mis pocas amigas estaban más preocupadas por sus trabajos, ganar dinero y salir adelante. Casi nunca hablábamos de la guerra excepto para señalar, con añoranza, la mala fortuna de que se llevaran a todos los muchachos al frente.



Después de que mi tía y yo acabáramos de levantar la mesa, nos quedamos otro par de horas en la sala de estar hasta que mi tío Willy empezó a cabecear. Cuando empezó a roncar, Reina anunció que era hora de retirarnos. Llevé mis maletas a la habitación, en el segundo piso, que tenía vista hacia la calle. Los faroles estaban apagados, pero se alcanzaba a ver la débil luz de algunas ventanas por debajo de las cortinas opacas. Más allá de los edificios, la zona era una mezcla de claridad y penumbra. Las montañas exhibían diferentes tonos de negro: las rocas parecían pesadas y parduzcas; los bosques, ligeramente más claros pese a la oscuridad. Las nubes se arremolinaban en lo alto y, de vez en cuando, un rayo de luz las atravesaba como una especie de flecha luminosa. No podía determinar si el rayo provenía de la tierra o del cielo, pero por un momento iluminaba las nubes como si se prendiera una luz eléctrica en su interior. Me quedé parada frente a la ventana y me fue casi imposible alejarme de esa vista. En el Obersalzberg, la magia y el mito se respiraban en el aire. No era de sorprender que Hitler decidiera construir su castillo, el Berghof, en las montañas que se elevaban por encima de Berchtesgaden.

Desempaqué algunas cosas y me senté en la cama. A pesar de lo mucho que admiraba la belleza de Berchtesgaden, en casa de mis tíos me sentía como una forastera. Me fui a la cama pensando en mi cómoda habitación en Berlín y en mis padres. Para entonces ya estarían en cama, con las persianas cerradas y las lámparas apagadas. *Frau* Horst seguiría despierta, fumando y sorbiendo una copa de coñac. No se iba a dormir nunca sin beber un poco.

En mi habitación el silencio era inquietante. Antes de la guerra, cuando el viento soplaba en la dirección correcta, en Berlín podía escuchar los trenes y su solitario silbido. Siempre me preguntaba hacia dónde se dirigían, pero me sentía más que contenta de estar en cama y soñaba poco con viajar. A todas horas podía escucharse el ruido de los autos y el pitido de sus bocinas. La ciudad zumbaba. Tendría que acostumbrarme a aquel silencio. De pronto sentí una fuerte añoranza por mi calle, tan llena de árboles, y por los saludos y la charla casual de nuestros vecinos.

Para la mañana siguiente, todas las amabilidades de mi tía se desvanecieron.

—Si quieres vivir aquí, tendrás que conseguir un trabajo —me dijo Reina con un tono tan frío como el acero. Las comodidades de la noche anterior se evaporaron y me sirvió un tazón de avena con un poco de leche de cabra. En la mesa no había manteca y no me atreví a pedirla—. No podemos darnos el lujo de tener otra boca que alimentar y tus padres no están en posición de enviarnos dinero. Debes conseguirte un empleo o un marido. El *Reich* necesita varoncitos fuertes que le sirvan en el futuro.

Quedé pasmada ante sus exigencias, pero no eran del todo inesperadas.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo pasearme por las calles buscando marido.

Reina frunció los labios.

—No estoy sugiriendo que te conviertas en una cualquiera —replicó enfocando el problema de modo práctico—, las mujeres fáciles dañan al *Reich* y pervierten a nuestros soldados. La semilla de los hombres debe reservarse para engendrar hijos. Debes encontrar un empleo, algo que sepas hacer o para lo que tengas talento. ¿Eres buena para algo?

Pensé con cuidado antes de responderle. En casa de mis padres nunca tuve gran cosa que hacer, excepto limpiar y remendar. En ocasiones cocinaba, pero muy rara vez. Mi madre era quien se encargaba de la cocina.

—Sé coser —contesté al fin.

—No da dinero suficiente. Y aquí el trabajo sería escaso. En Berchtesgaden todas las mujeres saben coser, tal vez mejor que tú.

La falta de confianza de mi tía me dolió. No obstante, su táctica estaba surtiendo efecto. Me hundí en mi silla y cuestioné mi propia falta de iniciativa. Mis padres no me obligaron a trabajar nunca, y yo suponía que los pequeños trabajos que hacía en la casa compensaban los gastos que les ocasionaba. Quizás estaba errada.

—¿De qué le sirves al *Reich*? —Mi tía se puso las manos en las caderas y me miró fijamente—. Cada ciudadano tiene que ser productivo. Deberías sentir vergüenza, como también deberían sentirla tus padres por criar a una chica tan inútil. Quizá debiste quedarte en Berlín. Tu padre exageró con sus preocupaciones. —Movi6 un dedo frente a mi cara.

Cualquier afecto que pudiera sentir por mi tía se estaba desvaneciendo con rapidez. Casi no pasamos tiempo juntas y la perspectiva de estar en su compañía más de unos cuantos días presagiaba un absoluto desastre.

—Me pondré a buscar trabajo después del desayuno.

—¡Buena chica! —Los ojos de mi tía se iluminaron—. Debe de haber algo que sepas hacer.

No me sentía muy convencida.

Ayudé a mi tía a lavar los trastes, y después me bañé y desempaqué lo que quedaba de mis pertenencias, aunque no estaba muy segura de quedarme allí. Quise verme profesional, de modo que elegí mi mejor vestido. No solicitaba ningún trabajo desde hacía varios años y sentía que mi falta de preparación era lamentable. Mi tía me prestó un cuaderno y una pluma, ambos cubiertos de esvásticas.

Las nubes se disiparon durante la noche y los rayos del sol de primavera caían a plomo; aun así, el fresco hacía necesario usar un saco. El aire de la montaña y la brillante iluminación lograron que apresurara mis pasos después de la desagradable conversación con mi tía. Miré a mi derecha y me emocioné al ver el Watzmann, cuyas bellas cumbres serradas se erguían sobre el valle como si surgieran dientes de tiburón de la tierra. Las blancas nieves de invierno seguían cubriendo las alturas de su rocosa faz. Allá donde mirara, había bosques y montañas. Berchtesgaden era distinto por completo de Berlín, donde todo el mundo estaba inquieto.

Caminé despacio frente a las tiendas de la calle con sus vitrinas vacías. Muchas tenían las contraventanas cerradas o estaban clausuradas con tablones. Incluso me detuve a leer una hoja de noticias locales en busca de información sobre algún empleo, pero no había ninguno. ¿Cómo esperaba mi tía que encontrara un trabajo si había tantas tiendas cerradas o que sólo vendían bienes y

servicios racionados? No había una sola nota que anunciara una vacante de trabajo, excepto la de la carnicería que estaba junto a la casa de mis tíos. El carnicero buscaba un asistente de hombros fuertes para ayudarlo a limpiar y a cargar. No podía verme a mí misma destripando pollos ni limpiando desastres sanguinolentos. Además, lo lógico era que el dueño quisiera un hombre que pudiera cargar los pesados trozos de res, por más escasos que fuesen.

Mis padres me dieron algunos marcos para pagar lo que pudiera necesitar. Esperaban que mis tíos me proporcionaran casa y sustento sin cobrarme nada. Eso, por supuesto, fue una mera ilusión y sólo se cumplió en parte. Supongo que fue el tío Willy, como jefe de familia, quien permitió que viniera a Berchtesgaden a pesar de las objeciones de mi tía.

Me detuve frente a un restaurante y miré el menú. Las salchichas, que seguramente provenían de la carnicería local, se veían exquisitas. La carne sazonada era un capricho especial que ahora resultaba difícil de conseguir en cualquier parte. Me senté en una mesa al aire libre y me pregunté si debía usar el dinero que a mis padres tanto les costó ganar en una extravagancia como aquella. Necesitaba algo que me levantara los ánimos, de modo que no tardé en decidirme. El dueño tomó mi orden de una salchicha con papas fritas. La sirvieron burbujeando en su propio jugo sobre un plátón caliente. El aroma de las papas fritas me recordó a la forma en que mi madre cocinaba antes.

Después de comer, no supe qué más hacer luego de pasear durante dos horas por la mayor parte del pueblo sin suerte alguna. Caminé sin dirección por un tiempo hasta que vi a mi tío dirigiéndose hacia mí.

—¿Ya comiste? —me preguntó mientras se frotaba el estómago.

Señalé al restaurante donde acababa de comer.

—La salchicha está de lo mejor.

Me tomó del brazo y me llevó a la sombra del toldo de una tienda.

—Hablé con tu tía después de que te marchaste. En ocasiones puede ser muy brusca. Está haciendo su mejor esfuerzo para protegernos de los efectos de la guerra.

—Les agradezco lo que hicieron por mí —dije asintiendo con la cabeza—. De lo contrario, no tendría a dónde ir.

Levantó un dedo como si estuviese a punto de aleccionarme.

—Esta mañana les hablé a algunas personas. Ser policía y miembro del Partido puede abrirte algunas puertas. Preséntate en el *Reichsbund* y yo me encargo de lo demás. —Inclinó la cabeza hacia un edificio cubierto de banderas nazis que estaba al final de la cuadra—. No seas tímida. Anda. Yo haré mis pases de magia. —Me dio un besito en la mejilla.

Lo dejé, sonriente, y caminé hasta el *Reichsbund*, una oficina de servicios civiles. Miré una ventana, atestada de libros, banderines, cartelones y publicaciones nazis.

En el interior, pude ver a una mujer vestida en un uniforme gris frente a un escritorio. Levantó la vista de su trabajo como si presintiera mi presencia. El valor del tío Willy me dio confianza. Me dirigí al interior para averiguar qué empleos podían estar disponibles. La mujer llevaba su cabello rubio peinado hacia atrás en un estilo muy severo, pero era bonita y tenía unos pómulos altos, los ojos azules y una nariz muy fina. Era el tipo de persona que te agrada fácilmente. Me imagino que esa era la razón por la que desempeñaba ese trabajo.

Me acerqué y me indicó que tomara asiento en la silla de roble que estaba frente a su escritorio.

—Soy de Berlín y estoy viviendo aquí con mis tíos, pero necesito un trabajo. —Me sonrojé por mi ineptitud.

Dejó de escribir en su cuaderno, colocó la pluma entre sus páginas y lo cerró.

—¿Puedo ver tus documentos de identidad? ¿Ya perteneces al Partido?

Me pregunté por qué no me uní al Partido mucho tiempo antes. Si pensaba en mis lealtades, me consideraba como mi padre, que era neutral en el mejor de los casos y, en el peor, un crítico silencioso. De todos modos, necesitaba trabajar o podría verme obligada a regresar a Berlín.

—Mis papeles están en casa de mis tíos. Y no soy miembro del Partido.

Me miró con cierto recelo, pero, después de estudiarme de pies a cabeza, imagino que decidió que no representaba amenaza alguna para las políticas nazis.

—¿Quiénes son tus tíos?

—Willy y Reina Ritter. Son miembros del Partido y viven cerca de aquí.

Tomó mis manos entre las suyas y las apretó como si fuésemos las más queridas amigas de la escuela.

—Los conozco a la perfección. Son personas excelentes, ciudadanos honrados y un ejemplo para todos los alemanes leales. ¿Cómo te llamas?

Le dije mi nombre y escuchó mi historia con absoluto interés. A medida que hablaba, tomó otro cuaderno y empezó a anotar lo que decía. Cuando terminé, me pidió que me parara frente a una pantalla negra al fondo de la habitación. Me tomó varias fotografías con una cámara con *flash*. Me informó que se las enviaría a un superior después de que se revelaran.

—¿Hay algo que pueda hacer, algo para lo que sirva? —le pregunté.

—No hay nada en este distrito —respondió—. No tienes capacitación como contadora, ni como jardinera ni para conducir una locomotora. Ya hay muchas mujeres que sirven al *Reich*, así que quedan pocos puestos.

Suspiré. Reina no estaría nada contenta. La mujer notó mi cara de decepción y agregó:

—Pero eso no significa que esta entrevista no sirva para nada. El *Reich* siempre tiene trabajo para su pueblo, pertenezcas al Partido o no. —Me miró como si fuese una maestra paciente—. Si nos brindaras el mismo apoyo que tus tíos, podríamos considerarte de una forma más favorable.

Me levanté de mi asiento.

—¿Dónde puedo inscribirme? —pregunté con la mayor sinceridad posible; de todos modos, en mi interior algo se revelaba ante la idea de convertirme en nazi de manera oficial. En alguna ocasión, mi mamá le reclamó a mi padre que no era lo bastante «fuerte», que no era el tipo de hombre que pensaba como los

líderes del Partido. Para poder conseguir un empleo, yo tendría que adoptar el modo de pensar de mi madre.

La mujer señaló un escritorio al otro lado de la habitación.

—Herr Messer estará aquí el sábado. Ese día, ven a verlo.

Salí del *Reichsbund* un poco más alentada, aunque no quería ver a mi tía porque aún no encontraba trabajo.

Cuando llegué a la casa, Reina estaba en la cocina, por lo que subí a mi cuarto a escondidas y me recosté en la cama en vez de enfrentarla.

Después de unos cuarenta y cinco minutos, escuché que mi tío abría la puerta.

Los encontré en la sala. Reina se sorprendió de que estuviera en casa, pero me saludó con una sonrisa.

—Tu tío me informó de las noticias. Estoy segura de que saldrá algo bueno de tu entrevista.

El tío Willy prendió un cigarrillo.

—No me queda la menor duda de ello.

Esa noche, durante la cena, hablamos de la infancia de mi tía en España y de cómo se conocieron ella y mi tío en un hostel en los Alpes italianos. Willy se hospedaba allí para asistir a un mitin político; Reina pasaba la noche con un grupo de compañeros senderistas. Vieron algo el uno en el otro que nadie más en la familia podía ver.

La conversación se apagó al mismo tiempo que el fuego de la chimenea, y nos fuimos a dormir alrededor de las diez de la noche. Pasé varias horas preocupada por lo del trabajo hasta que finalmente concilié el sueño. A la mañana siguiente, volví a salir, pero de nuevo no pude encontrar nada. Una vez más, temí regresar a casa sin empleo. Cuando llegué, busqué a mi tía y le di las malas noticias.

Se quedó parada con las manos entrecruzadas frente a ella y una calma extraña, considerando su fervor por que consiguiera un empleo.

—El *Reichsbund* habló esta tarde. Quieren que te reportes mañana por la mañana. Al parecer, encontraron un trabajo para ti. —Me abrazó y me besó en la mejilla con sus fríos labios.

Más tarde, le pregunté a Willy si tenía alguna idea del trabajo del que se trataba, pero sacudió la cabeza.

Esa noche celebramos con algo de vino. Mi tía me permitió que les hablara a mis padres para darles la buena noticia. Mi mamá parecía contenta. No pude interpretar lo que pensaba mi papá. Les dije que estaba planeando unirme al Partido. Papá respondió:

—Haz lo que necesites para sobrevivir.

Sus palabras empañaron la celebración.

Yo no era adivina, pero me pregunté qué tan complicada podría volverse mi vida como trabajadora del *Reich*.